

los farfalás posibles se desplegaban lujosamente en derredor de ella.

Un día Marius, que gustaba mucho hablar seriamente, aún en medio de sus ensueños de felicidad, dijo á propósito de no sé qué incidente :

— Los hombres de la revolucion son tan grandes, que ya tienen el prestigio de los siglos, como Catony como Focion, y cada uno de ellos parece una memoria antigua.

— ¡Moaré antiguo! exclamó el viejo. Gracias, Marius. Precisamente esa es la idea que yo buscaba.

Y al día siguiente se hallaba el canastillo de regalos de boda para Coseta aumentado con un magnífico vestido de moaré antiguo, color de té.

El abuelo extraía de estos trapos una leccion de sabiduría :

— El amor, decia, está bien ; pero se necesita esto además. Es menester que lo inútil se mezcle con la dicha. La dicha no es sino lo necesario. Sazonádmela enormemente de superfluo. Un palacio y su corazon. Su corazon y el Louvre. Su corazon y las grandes aguas de Versáilles. Dadme mi pastora, y tratad de que sea duquesa. Traedme á Filis coronada de acianos, y añadidla cien mil libras de renta. Abridme una bucólica, á perder de vista bajo una columnata de mármol. Yo consiento en la bucólica, pero tambien en los maravillosos encantos del mármol y del oro. La dicha seca se asemeja al pan seco. Se come, pero sin hacer comida formal. Yo quiero superfluo, inútil, extravagante, quiero sobrante, quiero poseer de lo que no sirve para nada. Me acuerdo haber visto en la catedral de Estrasburgo un reloj tan alto como una casa de tres pisos que marcaba la hora, que se dignaba marcar la hora, pero que no tenía trazas de estar hecho con este objeto ; y que despues de haber dado las doce del día, ó las doce de la noche, es decir, mediodía, la hora del sol, y média no-

che, la hora del amor, ó cualquiera otra hora que ustedes gusten, daba con ella todo el acompañamiento de la luna y las estrellas, la tierra y el mar, las aves y los peces, Febo y Hebé, y una letanía de cosas que salian de un nicho, y los apóstoles, y el emperador Cárlos Quinto, y Eponina y Sabino, y además, una caterva de muñequitos dorados que tocaban la trompeta. Esto sin contar los lindos repiqueteos que á cada instante prodigaba al aire, sin saber por qué. ¿Un mal cuadrante, liso y pelado, que no dice más que las horas, vale tanto como esto? Yo soy de la opinion del gran reloj de Estrasburgo, y le prefiero al cuco de la Selva Negca.

El señor Gillenormand desatinaba especialmente á propósito de la boda, y todos los espejos y bastidores escénicos, toda la gran decoracion del siglo décimocotavo, pasaban confusamente en sus ditirambos.

— Vosotros no conocéis el arte de las fiestas. No sabéis hacer un día de gozo en estos tiempos, exclamó. Vuestro siglo diez y nueve es un siglo liviano y flaco. Carece de excesos. Ignora lo rico, ignora lo noble. En todo está pelado á rape. Vuestro tercer-estado es insípido, inodoro é informe. El sueño dorado de vuestras *bourgeoises* que se establecen, como ellas dicen, es : un bonito gabinete de tocador, con muebles nuevos, ó frescos, de palisandro, y percal, ó indiana. ¡Abrid paso! ¡abrid paso! que el señor Grigou se casa con la señorita Grippe-sou. Suntuosidad y esplendor. Se ha pegado un Luis de oro á un cirio. Tal es la época. Yo pido ahuyentarme de ella, más allá de los sármatas. ¡Ah! desde 1787, ya predije yo que todo estaba perdido, el día que vi al duque de Rohan, príncipe de Leon, duque de Chabot, duque de Montbazon, marqués de Soubise, vizconde de Thouars, par de Francia, ir á la romería de Longchamp sacudido en un miserable calesín! Aquello ha dado sus frutos. En

este siglo se hacen negocios, se juega á la Bolsa, se gana dinero, y se tiene mucha avaricia. Se cuidan con esmero y se barnizan y se charolan por la superficie; van estirados y prendidos con veinticinco alfileres, lavados, enjabonados, afeitados, ruidos, raspados, peinados, encerados, untados, bandolinados, alisados, atusados, frotados, cepillados, limpios y lustrosos por fuera, irreprochables, tersos y lisos como un pedernal, discretos, curiosos, y al mismo tiempo, ¡ voto al chápiro! llevan en el fondo de la conciencia estercoleros y cloacas para hacer recular á una porquera que se suena en los dedos de las manos. Á la presente época la concedo yo esta divisa: Limpieza sucia. Marius, no te me enfades, dáme permiso para hablar, yo no digo mal del pueblo, ya lo ves, tengo yo ya de tu pueblo hasta por cima de la cabeza, pero no halles mal á lo ménos que yo sacuda una buena zurribanda á la bourgeoisie. Yo pertenezco á ella. Quien bien te quiere, te hará llorar. Presupuestas estas consideraciones, lo diré claro y neto, hoy se casan, pero no saben ya casarse. ¡ Ah! en cuanto á eso es muy cierto, yo echo de ménos la hidalguía de las antiguas costumbres. Echo de ménos todo lo antiguo. Aquella elegancia, aquella caballerosidad, aquellas maneras corteses, delicadas y graciosas, aquel lujo espléndido que cada cual lucia, la música formando parte integrante de la boda, sinfonía arriba, tamboril abajo, las danzas, los semblantes alegres rodeando la mesa, los alambicados madrigales, las canciones, los cohetes y otros fuegos artificiales, las risas y algazaras, el diablo á cuatro, y los grandes lazos de cintas. Yo echo de ménos la liga de la novia. La liga de la novia es prima hermana del cinturón de Venus. ¿ Sobre qué versó la guerra de Troya? Pardiez, sobre la liga de Elena. ¿ Por qué se baten, por qué el divino Diomedes rompe en la cabeza de Merioneo su gran casco de bronce con diez puntas, por qué Aquiles

y Héctor se pellizcan asestándose sendos golpes con la pica? porque Elena dejó que París tomara su liga. Con la liga de Coseta, haria Homero la *Iliada*. Introduciria en su poema á un viejo hablador como yo, y le llamaria Nestor. Amigos míos, antaño, en aquel amable antaño, se casaban las gentes sapientísimamente; se celebraba un buen contrato, y despues se disfrutaba una buena comilona. En el momento en que salia Cújas, entraba Camacho. ¡ Vaya! ¡ no que no! como que el estómago es un animal de agradables conveniencias, que pide lo que se le debe, y que tambien él quiere tener su boda. Se cenaba bien, y se tenia á la mesa una linda vecinita sin camisolín, que no tapaba su pecho sino moderadamente! Oh! ¡ cuántas bocas abiertas riendo, y qué alegres estaban las gentes en aquel tiempo! La juventud era un ramillete de flores; cada jovencito terminaba en un ramo de lilas ó de rosas; aunque fuera guerrero, en aquel momento era pastor; y si, por casualidad, era un capitán de dragones, hallaba siempre medio de llamarse Florian. Todos querian ser buenos mozos, é ir vestidos de brocado y de purpurino. Un bourgeois parecia una flor, un marqués se asemejaba á una joyería. No se usaban trabillas, y tampoco se llevaban botas. Iban elegantes, brillantes, rimbombantes, plateados, dorados, amariposados, tan graciosos, tan cucos y tan currutacos, lo que sin embargo no les impedia el llevar con gallardía su espada al costado. El colibrí tiene tambien pico y uñas. Era aquel el tiempo de las *Indias galantes*. Una de las fases del siglo era lo delicado, la otra era lo magnífico, ¡ y por vida del dios Baco! que se divertian. Hoy la gente es grave. El bourgeois es avaro, la clase média, la bourgeoisie, es gazona; vuestro siglo es infortunado. Hoy expulsarian á las Gracias, por demasiado escotadas. ¡ Oh! se tapa la hermosura como una fealdad. Desde la época de la revo-

lucion, todo el mundo lleva pantalones, hasta las bailarinas; una artista de piruetas debe ser grave; vuestros rigodons son doctrinarios. Es preciso ser majestuoso. Se enojan y se incomodan si no llevan la barba enterrada en la corbata. El ideal de un mocoso de veinte años que se casa es el parecerse al señor Royer-Collard. ¿Y saben ustedes adónde se llega con toda esa majestad? á ser pequeño. Aprendan lo que voy á decirles: la alegría no es solamente alegre; es grande. Pero á lo ménos, sed enamorados alegres, ¡qué diablos! casaos, pues, cuando os casáis, con la fiebre y el aturdimiento y la zambra y el estrépito de la dicha! Gravedad en la iglesia, sea en buen hora. Pero una vez concluida la misa, ¡caracoles! es preciso hacer revolotear una danza de sueños y de encantos en derredor de la recién casada. Un casamiento debe ser regio y quimérico; debe pasear su ceremonia nupcial desde la catedral de Reims á la pagoda de Chanteloup. Una boda pobretona me causa horror. ¡Cáspita! á lo ménos ese día estad en el Olimpo. Sed dioses. ¡Ah! podriais ser todos silfos, Juegos y Risas, argiráspides, y no seriais sino una golpines holgazanes! Amigutos, todo recién casado debe ser el príncipe Aldobrandini. Aprovechad ese único minuto de la vida para volver al emperio con los cisnes y las águilas, salvo el caer de nuevo al día siguiente en las ranas de la bourgeoisie. No economicéis sobre el himeneo, no le escatiméis sus esplendores; no regateéis el día en que brilláis. La boda no es el hogar doméstico. ¡Oh! si hubiera yo de arreglarlo todo segun mi capricho, se oirían violines en los árboles. Hé aquí mi programa: azul celeste y plata. Yo mezclaria en la fiesta las divinidades agrestes, convocaria á las dryadas y á las neréidas. Las bodas de Amphitrito, una nube rosada, ninfas con preciosos tocados y enteramente desnudas, un académico ofreciendo quintillas á la

jiosa. una carroza tirada por monstruos marinos.

Triton trottait devant, et tirait de sa conque
Des sons si ravissants qu'il ravissait quiconque !¹

— ¿Hé aquí un programa de fiesta, hé aquí uno excelente, ó yo no lo entiendo, caramba!

Mientras que el abuelo, en completa efusion lírica, se escuchaba á sí mismo, Coseta y Marius se embriagaban de mirarse libremente.

La señorita Gillenormand consideraba todo esto con su imperturbable serenidad. En los últimos cinco ó seis meses habia ella tenido cierta cantidad de emociones; la vuelta de Marius, que á Marius le traen ensangrentado, que á Marius le conducen desde una barricada, Marius muerto, Marius resucitado, Marius reconciliado, Marius novio, Marius casándose con una pobre, Marius casándose con una millonaria. Los seiscientos mil francos habian sido su última sorpresa. Despues volvió á su indiferencia propia de primera comulgante. Iba con la mayor regularidad á los oficios, rezaba su rosario, dos veces al día, leía su devocionario, cuchicheaba en un rincon de la casa sus *Ave Marias*, mientras que en el otro cuchicheaban *I love you*, y, vagamente, veía ella á Marius y á Coseta como dos sombras. La verdadera sombra era ella.

Hay cierto estado de ascetismo inerte en que el alma, neutralizada por el entorpecimiento, extraña á lo que pudiera llamarse el negocio de la vida, no distingue, excepto los temblores de tierra y las catástrofes, ninguna de las impresiones humanas, ni las impresiones gratas, ni las impresiones penosas. Ese género de devoción, decía el tío Gillenormand á su hija, corresponde á

¹ Triton iba delante, trotando, y sacaba de su concha ciertos sonidos tan maravillosos, que maravillaban á cuantos los oían!

romadizo del cerebro. Tú nada sientes de la vida. Ningun mal olor percibes, pero ninguno bueno tampoco.

Por los demas, los seicientos mil francos habian fijado las indecisiones de la vieja solterona. Su padre habia adquirido la costumbre de contar con ella tan rara vez, que ni siquiera la habia consultado sobre su consentimiento en el enlace de Marius. Habia obrado de improviso, de súbito, segun su moda, y no teniendo, ya, aquel despo'a transformado en esclavo, sino un solo pensamiento, satisfacer á Marius. Por lo que hace á la tía, que la tía existiese, y que ella pudiera tener una opinion sobre la materia de que se trataba, ni siquiera habia él pensado en semejante cosa, y por más que ella fuera un borrego de mansedumbre y de dulzura, este proceder del padre no pudo ménos de picarla y herirla algun tanto. Algo irritada en su foro interno, pero exteriormente impasible, habia dicho entre sí : Mi padre resuelve la cuestion de casamiento sin contar conmigo; yo resolveré la cuestion de herencia sin contar con él. Con efecto, ella era rica, y el padre no lo era. Por consiguiente, se habia ella reservado su propia decision sobre este punto importante. Es probable que si el casamiento hubiera sido pobre, pobre le habria ella dejado. ¡ Tanto peor para mi señor sobrino! Se casa con una pordiosera, pues que sea él pordiosero tambien. Pero el medio millon de Coseta agradó á la tía y cambió enteramente su situacion interior con respecto á aquella pareja de enamorados. Seiscientos mil francos son dignos de la mayor consideracion, y era evidente que ella no podia ménos de dejar su fortuna á aquellos jóvenes, puesto que ellos ya no la necesitaban.

Dispusiéronse las cosas en términos que los recién casados habitarian en casa del abuelo. El señor Gillenormand se empeñó absolutamente en cederles su cuarto, que era el más hermoso de la casa. — *Eso me rejuvenecerá*, decia

él. *Es un antiguo proyecto que yo tenia. Siempre tuve la idea de celebrar una boda en mi cuarto.* Amuebló esta pieza con una porcion de trastos viejos y galantes. La hizo poner un cielo raso y colgaduras de una tela rara que él tenia en pieza, y que creia ser Utrech, fondo de raso, botones de oro, con flores de terciopelo orejas de oso. — De estatela, decia, eran las colgaduras de la cama de la señora duquesa d'Anville en la Roche-Guyon. — Sobre la chimenea colocó una figura de Sajonia, la cual llevaba un manguito sobre su vientre desnudo.

La biblioteca del señor Gillenormand se transformó en gabinete de abogado al uso de Marius; pues esa cosa sabida que el consejo del colegio de abogados exigia como requisito indispensable el poseer un gabinete.

VII

LOS EFECTOS DE SUEÑO MEZCLADOS CON LA DICHIA

Los novios se veían todos los días. Coseta venía con el señor Fauchelevant. — Esto es el mundo al revés, decía la señorita Gillenormand, que la futura venga á domicilio á hacerse hacer la corte de esa manera. Pero la convalecencia de Marius habia hecho introducir la costumbre, y los sillones y sofás de la calle de las Filles-du-Calvaire, mejores como confidentes más cómodos para la tertulia que las sillas de paja de la calle de l'Homme-Armé, la habían arraigado. Marius y el señor Fauchelevant se veían, pero no se hablaban. Diríase que era como una cosa convenida. Toda jovencita necesita un rodrigon. Coseta no habria podido venir sin el señor Fauchelevant. Para Marius, el señor Fauchelevant era la condicion de Coseta. Y él la aceptaba. Al lanzar sobre el tapete, vagamente y sin precisarlas, las cuestiones politicas, bajo el punto de vista

del mejoramiento general de la suerte de todos, es cuando llegaban á decirse algo más que sí y que no. En cierta ocasion, con respecto á la enseñanza, que Marius queria gratuita y obligatoria, multiplicada bajo todas las formas, prodigada á todos como el aire y el sol, en una palabra, respirable al pueblo entero, se hallaron al unísono y casi platicaron ya entre sí. Marius notó en esta ocasion que el señor Fauchelevant hablaba bien, y aún con cierta elevacion de lenguaje. Faltábale sin embargo un no sé qué. El señor Fauchelevant tenia algo de ménos y algo de más que un hombre comun.

Interiormente, y en el fondo de su pensamiento, Marius rodeaba de toda especie de preguntas mudas á aquel señor Fauchelevant que era buenamente para él benévolo y frio. Por momentos le asaltaban dudas sobre sus propios recuerdos. En su memoria habia como un hoyo, un paraje negro, un abismo ahondado por cuatro meses de agonía. Muchas cosas se habian perdido en aquel vacío oscuro. Llegaba hasta preguntarse si realmente sería cierto que hubiese él visto al señor Fauchelevant, un hombre tan formal y tan tranquilo, en la barricada.

Por lo demas, no era este el único estupor que las apariciones y desapariciones del tiempo pasado le habian dejado en su mente. Ni se crea tampoco que se hallase él libre de todas esas obsesiones de la memoria que nos obligan, aún cuando nos consideramos felices y satisfechos, á mirar melancólicamente hácia atras. La cabeza que no se vuelve hácia los horizontes borrados no contiene pensamiento ni amor. En ciertos instantes, Marius apoyaba su cara contra sus manos, y entónces el pasado tumultuoso y vago atravesaba el crepúsculo que él tenia en el cerebro. Veía de nuevo caer á Mabeuf, oía cantar á Gavroche bajo la metralla, sentía en sus labios el frio de la frente de Eponina; Enjolras, Courfeyrac, Juan Prouvaire,

Combeferre, Bossuet, Grantaire, todos sus amigos, reaparecían de pie á su presencia, y despues se disipaban. Todos aquellos seres queridos, dolorosos, valientes, encantadores ó trágicos, ¿eran creaciones de la imaginacion elaboradas por el sueño? ¿habian existido en efecto? La insurreccion lo habia envuelto y arrollado todo entre sus nubes de humo. Esas grandes fiebres tienen grandes sueños. Se interrogaba, se consultaba, se tanteaba, y sufría el vértigo de todas aquellas realidades desvanecidas. ¿Pero dónde estaban todos? ¿Sería verdad que la muerte los habia arrebatado por completo? ¿que una caída en las tinieblas habia precipitado y lanzado al abismo á todo el mundo, excepto á él? Parecía que todo aquello habia desaparecido como detras de un telón de teatro. Hay en la vida cortinas que se corren y descienden de esta manera, Dios pasa al acto siguiente.

Y aún él mismo, ¿era ya en realidad el mismo hombre? Él, el pobre, estaba rico; él, el abandonado, tenía una familia; él, el desesperado, se casaba con Coseta. Se le figuraba que habia atravesado una tumba, que habia entrado en ella negro, y que habia salido blanco. Y que los otros habian quedado en aquella tumba. En ciertos momentos, todos aquellos seres del pasado se hallaban de vuelta y presentes, formaban círculo en derredor de él y le ponian sombrío; entónces pensaba en Coseta y recobraba su serenidad; pero nada ménos necesitaba que toda esta felicidad para borrar aquella catástrofe.

Casi tenía su puesto entre estos seres desvanecidos el señor Fauchelevent. Marius vacilaba en creer que el Fauchelevent de la barricada fuese el mismo que este otro Fauchelevent en carne y hueso, tan gravemente sentado junto á Coseta. El primero era probablemente una de esas pesadillas que traen y llevan consigo las horas de delirio. Por lo demas, sus dos naturalezas se hallaban como

escarpadas, no siendo posible ninguna pregunta por parte de Marius al señor Fauchelevent. Ni siquiera se le ocurrió la idea de dirigirselas. Ya hemos indicado ántes este detalle característico.

Dos hombres que tienen un secreto comun, y que, por una especie de acuerdo tácito, no cambian entre sí ni una sola palabra sobre aquel asunto en reserva, es un hecho ménos raro de lo que se cree.

Una sola vez intentó Marius un ensayo. Hizo venir en la conversacion la calle de la Chanvrerie, y volviéndose hácia el señor Fauchelevent, le dijo:

— ¿Usted conoce bien esa calle?

— ¿Qué calle?

— ¿La calle de la Chanvrerie?

— No tengo idea ninguna del nombre de esa calle, respondió el señor Fauchelevent con el tono más natural del mundo.

La respuesta, que aludia al nombre de la calle, y no á la misma calle, pareció á Marius más concluyente de lo que era en realidad.

— Indudablemente, dijo él entre sí, yo he soñado. He sido víctima de una alucinacion. Era alguno que se le parecia. El señor Fauchelevent no estaba allí.

VIII

DOS HOMBRES IMPOSIBLES DE ENCONTRAR

Por más grande que fuese su encanto, no borró él en el espíritu de Marius otras preocupaciones.

Mientras que se disponían las cosas necesarias para el casamiento y esperando la época fijada á su celebracion, hizo él practicar difíciles y escrupulosas investigaciones retrospectivas.

Tenia él deudas de reconocimiento por varios lados; debía por cuenta de su padre, y también debía por su propia cuenta.

Había Thénardier; y había el desconocido que le trajo á él, á Marius, á casa del señor Gillenormand.

Marius se proponía buscar hasta encontrar á estos dos hombres, no queriendo casarse, ser dichoso, y olvidarlos á ellos, y temiendo que estas deudas del deber, no pagadas, hiciesen sombra sobre su vida, que tan luminosa se

le presentaba para lo sucesivo. Le era imposible dejar todos estos atrasos á la espalda y por pagar, y quería, ántes de entrar alegremente en el porvenir, poseer el recibo ó finiquito del pasado.

Que Thénardier fuese un malvado, no destruía el hecho de que él había salvado la vida al coronel Pontmercy. Thénardier era un bandido para todo el mundo, excepto para Marius.

Y Marius, ignorando la verdadera escena del campo de batalla de Warterloo, no conocía esta particularidad, á saber, que su padre se hallaba con respecto á Thénardier en la extraña situación de deberle la vida sin deberle reconocimiento.

Ninguno de los varios agentes que empleó Marius logró dar con la pista de Thénardier. Por esta parte, la desaparición parecía ser completa. La Thénardier había muerto en la cárcel durante la instrucción del proceso. Thénardier y su hija Azelma, los dos únicos que quedaban de aquel lamentable grupo, habían vuelto á sumergirse en la sombra. El abismo de lo Desconocido social se había vuelto á cerrar silenciosamente sobre aquellos seres. Ni siquiera se veía ya en la superficie aquel estremecimiento, aquel temblor, aquellos oscuros círculos concéntricos que anuncian que allí ha caído alguna cosa, y que se puede arrojar la sonda en aquel sitio.

Muerta la Thénardier, Boulatruelle declarado sin parte en el proceso, Claquesous desaparecido, escapados de la cárcel los principales acusados, el proceso criminal de la emboscada de la casucha Gorbeau había casi abortado. El asunto había quedado envuelto en la oscuridad. El tribunal de audiencia había tenido que contentarse con dos subalternos, Panchaud, alias Printanier, alias Bigrenaille, y Demi-Liard, alias Deux Millions, que habían sido condenados contradictoriamente á diez años de ga-

leras; habiendo sido sentenciados á cadena perpétua sus cómplices y coacusados, evadidos de la cárcel y en estado de rebeldía. Thénardier, jefe é instigador, habia sido condenado á muerte, tambien en rebeldía. Esta condena era la única cosa que quedaba de Thénardier, arrojando sobre este nombre sepultado un fulgor siniestro, como una vela de sebo al lado de un féretro.

Por otra parte, relegando á Thénardier en las últimas profundidades por temor de ser nuevamente capturado, esta sentencia capital venía naturalmente á aumentar el tenebroso espesor que cubria á este hombre.

En cuanto al otro, al hombre ignorado que habia salvado á Marius, las pesquisas obtuvieron al principio algun resultado, pero en seguida se detuvieron y quedaron cortadas enteramente. Se logró hallar el fiacre que habia transportado á Marius á la calle de las Filles-du-Calvaire en la noche del 6 de Junio. El cochero declaró que el 6 de Junio, por orden de un agente de policía, habia él « estacionado, » desde las tres de la tarde hasta la noche, en el muelle de los Campos Eliseos, encima de la salida de la Grande-Alcantarilla; que, á eso de las nueve de la noche, la verja de la alcantarilla que da sobre el ribazo del rio se habia abierto; que por allí habia salido un hombre, el cual llevaba á costas otro hombre que parecia muerto; que el agente, hallándose de observacion en aquel punto, habia preso al hombre vivo y apoderándose del muerto; que, por orden del agente, él, el cochero, habia recibido « á toda aquella gente » en su fiacre; que se dirigieron primeramente á la calle de las Filles-du-Calvaire; que allí depositaron el hombre muerto; que el hombre muerto, era el señor Marius, y que él, el cochero, le reconocia bien, aunque estuviese vivo « esta vez; » que despues volvieron á entrar en su coche, que él sacudió fuertes latigazos á sus caballos,

que á pocos pasos de la puerta de los Archivos, le gritaron que se detuviera, que allí, en la calle, le pagaron y le dejaron libre, llevándose el agente consigo al otro hombre; que él nada más sabia; y que la noche estaba muy oscura.

Como hemos dicho ántes, Marius no se acordaba de nada. Sólo tenia una vaga memoria de haber sido cogido por detras por una mano enérgica, en el momento en que él caia de espaldas en la barricada; desde aquel instante, todo quedaba borrado para él. No habia recobrado el conocimiento sino en casa del señor Gillenormand.

Perdiase, pues, en conjeturas.

No podia él dudar de su propia identidad. ¿Cómo sucedió sin embargo que, habiendo caido en la calle de la Chanvrerie, fué á recogerle un agente de policía sobre el ribazo del Sena, cerca del puente de los Inválidos? ¿Alguien le habia conducido desde el barrio de los mercados centrales hasta los Campos Eliseos. ¿Y cómo? Por las alcantarillas. ¡Sacrificio heroico! ¡abnegacion inaudita!

— ¿Alguien? ¿pero quién?

Este es el hombre á quien buscaba Marius.

De este hombre, que era quien le habia salvado, nada aparecia, nada se descubria; ninguna huella; ni el menor indicio.

Bien que se viese obligado por esta parte á una grande reserva, Marius llevó sus investigaciones hasta la prefectura de policía. Pero los informes recogidos allí no aclararon más el punto que los adquiridos en otras partes. La prefectura sabia ménos sobre esto que el cochero del fiacre. Ningun conocimiento se tenia allí de que se hubiera efectuado prision alguna el 6 de Junio en la verja de la Grande-Alcantarilla; no se habia recibido ningun parte, ningun informe de agente sobre aquel hecho, que se consideraba en la prefectura como una fábula, cuya

invencion atribuian allí al cochero. Un cochero que quiere que le den propina para emborracharse es capaz de todo, hasta de imaginacion. El hecho sin embargo era cierto, y Marius no podia dudar de él ni un instante, á ménos de dudar de su propia identidad, como acabamos de decirlo.

En este extraño enigma, todo era inexplicable.

¿Qué habia venido á ser de aquel hombre, aquel sér misterioso á quien el cochero habia visto salir por la verja de la Grande-Alcantarilla, llevando á sus espaldas á Marius desmayado, y á quien el agente de policia puesto en acecho habia aprehendido en flagrante delito de salvar á un insurrecto? ¿qué habia venido á ser del mismo agente? ¿Por qué este agente habia guardado silencio? ¿habria logrado el hombre escaparse? ¿habria sobornado al agente de la autoridad? ¿Por qué aquel hombre no daba ninguna señal de vida á Marius que se la debía á él mismo? El desinterés no aparecía en esto ménos prodigioso que la abnegacion y el sacrificio. ¿Por qué habria desaparecido, por qué no se le presentaba aquel hombre? Tal vez era él superior á la recompensa, pero nadie es superior al reconocimiento. ¿Habria muerto? ¿Qué hombre sería éste? ¿qué trazas tenia? Nadie podia decirlo. El cochero respondia: La noche era muy oscura. Basque y Nicolette, aturdidos, pasmados, no habian fijado sus miradas sino en su señorito, todo ensangrentado. El portero, cuya vela de sebo habia alumbrado la trágica llegada de Marius, era el único que habia observado al hombre en cuestion, y hé aquí las señas que de él daba: « Aquel hombre era espantoso. »

Con la esperanza de sacar partido para sus indagaciones, hizo conservar Marius las ropas ensangrentadas que traia puestas cuando le trajeron á casa de su abuelo. Al examinar el frac, se notó que una de las faldas estaba

cortada de un modo extraño, faltándola un pedazo.

Una tarde hablaba Marius, delante de Coseta y de Juan Valjean, de toda esta singular aventura, de las innumerables investigaciones que habia él hecho y de la completa inutilidad de sus esfuerzos. El semblante sereno y frio del « señor Fauchelevent » le impacientaba: y exclamó con una vivacidad que casi tenia la vibracion de la ira:

— Sí, aquel hombre, quienquiera que él sea, estuvo sublime. ¿Sabe usted lo que hizo, caballero? Intervino como el arcángel. Preciso es que él se haya lanzado en medio del combate, que me haya arrebatado de aquel sitio, que haya abierto despues una reja de alcantarilla, que me haya introducido allí y me haya conducido en sus brazos! Es preciso que él haya andado más de legua y média por horribles galerías subterráneas, plegado, encorvado, en medio de las tinieblas, en la cloaca, más de legua y média, señor mio, con un cadáver á cuestras! ¿Y con qué objeto? Con el único objeto de salvar á aquel cadáver. Y aquel cadáver, era yo. El dijo para sí: ¡Tal vez hay aún aquí algun destello de vida; yo voy á arriesgar mi propia existencia por esa vislumbre miserable! ¡Y no una sola vez, sino veinte veces arriesgó él su existencia! Y cada paso que daba era un peligro. La prueba es que, al salir de la alcantarilla, le prendieron. ¿Sabe usted, caballero, que aquel hombre ha hecho todo esto? Y sin que pudiera esperar ninguna recompensa. ¿Quién era yo? Un insurrecto. ¿Qué era yo? Un vencido. ¡Oh! si los seiscientos mil francos de Coseta fueran míos...

— De usted son, interrumpió Juan Valjean.

— ¡Pues bien, repuso Marius, los daria yo de buena gana por hallar á aquel hombre!

Juan Valjean guardó silencio.